

## LO DIALÉCTICO

La Transición consistió en un proceso de cambio político de la Dictadura. Ese cambio se concretó finalmente en una Constitución del Estado de partidos, bajo forma monárquica. Conocemos bien el punto de partida y el de llegada. Pero se sigue ignorando, porque es difícil de conocer y no se desea saber, la intimidad de aquel proceso. Hemos examinado, desde perspectivas interesantes para el conocimiento de lo acontecido, los aspectos visibles y las dimensiones ostensibles de la obra constitucional producida, pero aún no hemos mirado, en la obscura interioridad del proceso de su producción, la naturaleza del propio movimiento transitivo y al modo de acontecer y suceder el cambio.

Durante el auge cultural del marxismo se impuso la creencia de que la realidad social, siempre cambiante, era en sí misma de carácter materialmente dialéctico. Es decir, se creía que la historia estaba determinada, en última instancia, por leyes que regían los movimientos de oposición, lucha y superación de los contrarios sociales. La lucha de clases no sólo era concebida como motor universal de la realidad realizada, sino como el movimiento más actual y profundo de la realidad realizante. Se creía, también, que la única manera de ver, pensar y conocer la realidad social tenía que ser forzosamente dialéctica. La crisis cultural del marxismo se produjo mucho antes de que los partidos socialistas abandonaran la ideología del materialismo histórico. Pues tuvo lugar cuando, separando teoría y práctica, el marxismo occidental hizo del método dialéctico una disciplina especial de la lógica del cambio, para conocer y explicar la realidad, y no una guía intelectual de la praxis, para cambiarla.

Como mi cultura no es profesoral, nunca me he obsesionado por las cuestiones de método. Pues todo método es una forma de pensar que viene determinada por el interés, el tema y el propósito de cada pensador frente a la naturaleza de cada objeto de investigación o de reflexión. En este sentido perifoneo, soy aristotélico y antihegeliano. Y distingo, como fenómenos sociales diferentes, entre movimiento, cambio, desarrollo, crecimiento y devenir.

La Transición española tuvo una primera fase dialéctica, donde la acción civil o ciudadana, guiada por el principio rector de la Ruptura democrática, se opuso de modo irreconciliable a la acción estatal de la Reforma. Y una segunda fase mecánica, donde esa acción estatal absorbió a los partidos ilegales para poder autoconstituirse, sin oposición, en un nuevo Régimen liberal de Constitución oligárquica. Por este antagonismo entre las dos fases, me parece natural que la primera requiera ser comprendida y explicada mediante una combinación de análisis y de dialéctica, de inducciones y de intuición. Mientras que la segunda pida modos de pensar de tipo sintético y lo-



gístico, deductivo y formal. Lo dialéctico es, en la realidad social, una cualidad intrínseca a la libertad de acción; y en la reflexión sobre la realidad, una oscilación permanente de la libertad de pensamiento. Donde no hay libertad no puede haber dialéctica. Ni en el ser pensado, ni en el ser pensante. Y donde hay consenso no puede haber más que un desarrollo mecánico, sin incertidumbre ni dialéctica.

Las tres leyes básicas de la dialéctica estuvieron presentes y gobernaron la idea y la acción de la Ruptura democrática. Pues ésta negó la negación de la dictadura hecha por los reformistas; convirtió en constructiva, con el solo aumento de la cantidad de oponentes, la oposición destructiva realizadas hasta entonces por los partidos clandestinos; y proponía integrar a los contrarios políticos en la nueva síntesis democrática. Pero los dos partidos principales del marxismo renegaron de la dialéctica, para hacerse acólitos de la mecánica del Poder y oligarquizan la dictadura.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

## SUPERMINISTERIO EN MONCLOA

El viaje de José María Aznar a Oriente Medio de la pasada semana ha sido un buen ejercicio de política exterior. Sabía ya el presidente que no volvería a casa con un éxito debajo del brazo, pero con todo se avino a realizarlo, a entrevistarse con los dos bandos en conflicto y arriesgarse a aportar un poco de templanza al huracán levantado contra Ariel Sharon.

No tiene Juan Bravo nada que decir en contra del difícil viaje, cuando, además, el hecho de que Barak acepte ser ministro de Sharon, habla del acierto de Aznar. Tampoco le ha extrañado la crítica burlesca de Felipe González, que no soporta que otro presidente, y encima

del PP, tenga prestigio internacional. Si le ha sorprendido en cambio, que estos desplazamientos, apuestas por la política exterior, se alejen cada vez más del Ministerio de Asuntos Exteriores. El espía ha escuchado en los pasillos del departamento que dirige Piqué, que parece ya una norma no escrita que los viajes del presidente Aznar son asunto exclusivo de los asesores de la Moncloa, que une nuevas competencias efectivas a las muchas que acumula el equipo presidencial. Se asegura incluso que en el palacio de Santa Cruz se ignoran motivos y frutos de viajes oficiales del presidente.

Juan BRAVO



## ESTÓMAGOS EXPROPIADOS

No somos dueños de nuestros propios estómagos en la sociedad actual. No es que nos los hayan arrancado «in vivo» para un trasplante, que a todo se puede llegar. Pero es que el estómago sin su complemento, el alimento sobre el cual vierte sin jugos, es como un novio o una novia a quien dejan plantados el día de su boda. Como un profesor sin alumnos, o un escritor sin lectores. El principio lamarckiano de que «la función crea el órgano» fue desplazado por el darwinismo. Pero no la imagen de que un órgano que no cumple su función o que carece de ella es un absurdo. Y, aunque los escolásticos decían, pintorescamente, que «todo lo que se recibe, es recibido según el recipiente». Debe haber algo que es recibido en la vasija que lo moldea. Pues bien, aunque tanta gente satisfecha se olvide de ello, hay muchos estómagos trágicamente vacíos. Y, si existe un «horror al vacío», tal como se expresaban los viejos físicos, este horror es especialmente espeluznante en un estómago que no tiene nada que lo llene, y angustiosamente reclama cumplir su función digestiva.

Pero no es éste el caso de la parte de la humanidad actual que en el Primer Mundo



o en los sectores privilegiados del Tercero, llena sus estómagos en demasía, hasta el extremo de que el número de obesos crece alarmantemente. Tales seres orondos y satisfechos viven en la creencia de que son dueños de sus estómagos

que atiborran. Y deberían darse cuenta de que semejante creencia es pura ilusión. Ya que, por mucho que paguen al adquirir su alimento o al abonar su consumición en el restaurante, tal gasto puede resultar absolutamente engañoso. Ellos creen, creemos, que hemos pagado para alimentarnos y resulta que en lugar de nutrirnos nos han envenenado. No nos dan «gato por liebre», semejante engaño, a estas alturas se manifiesta harto elemental. Nos dan cianuro por carne.

Y es que, como señalaba en mi anterior artículo, todo lo que hoy comemos es producto de una compleja fabricación. De una industria que no controlamos y que irresponsablemente —más bien de un modo criminal— se orienta sólo por la lógica de un beneficio ambicioso y desmesurado. Y a estas alturas se queda uno perplejo de que nadie exija responsabilidades ante un delito de lesa humanidad. Que afecta a quienes han introducido un sistema de alimentación antinatural para las reses que consumimos, indiferentes a los efectos deletéreos que tal violación de las leyes biológicas forzosamente había de producir. También a quienes han comercializado tales productos y, finalmente, a quienes, empezando por la misma Comisión Europea, han actuado como encubridores.

Al llegar a este punto, yo propondría a los juristas la introducción de una nueva figura en nuestras legislaciones: la de la expropiación estomacal. Hasta ahora conocíamos expropiaciones de bienes materiales, fincas o empresas. Corrían a cargo del Estado y estaban sometidas a una serie de requisitos. A los sacralizadores del derecho de propiedad les parecían por principio muy mal. Pero esta nueva expropiación nos arrebató una propiedad mucho más íntima y personal, nada menos que la de nuestros órganos digestivos y la de todo nuestro cuerpo y salud. Y no es el Estado el autor del despojo, sino personajes escondidos tras el poderío empresarial y que llenan sus bolsillos con nuestras infelices aportaciones a su ganancia.

Ciertamente, como observará el avisado lector, apoderarse del cuerpo ajeno no constituye ninguna novedad en la historia de la violencia humana. La esclavitud fue una institución considerada normal hasta hace dos siglos. Y aún subsiste, a veces de forma encubierta en la explotación del trabajo infantil o en la prostitución. La violencia contra la mujer es un sombrío aspecto de nuestra sociedad. Pero en el mundo científico y técnico aparecen siniestras maniobras sobre la corporalidad humana, como el robo de órganos. Y, con apariencia menos brutal, la degradación de nuestra alimentación en los productos ofrecidos por la incontrolada gran fábrica que es nuestra sociedad. Cuya capacidad de fabricar también nuestro pensamiento y nuestras instituciones aún deberá ocuparnos.

Carlos PARÍS